

Autores y escenarios

ESPAÑOL.—Estreno de «La tragedia de Macbeth», de Shakespeare, versión directa del inglés por Nicolás González Ruiz.

Fiesta mayor, con los atributos del arte y los tributos del fervor, señala una efeméride. Montar una obra como «Macbeth» en las presentes circunstancias tiene un significado de «paso honoroso». Coronar tanto y tanto obstáculo de rutina literaria y artística, vulgo municipal y espeso, usos de folletín y costumbres de retruécano con un espectáculo sespiriano tan labrado como lucido, es oxigenarse y oxigenar. Emparejar la escena patria con las escenas capitana del mundo. Situarse en la ruta próxima de los grandes exégetas de Shakespeare, en pos de Gordon Craig, de Lugné-Poe, de Max Reinhardt, de Bragaglia. Porque es justo considerar los medios nuestros y los suyos, el ambiente suyo y el nuestro, es justo registrar el triunfo de García Viñolas y de sus colaboradores fervorosos.

Las escuelas escenográficas ofrecen un sistema sintético, al modo clásico—«emerson», «bosque»—sin luminarias ni colores, en la sencillez primitiva, y un sistema integral de amplias arquitecturas gran cromatismo y potente luminosidad. García Viñolas, hombre nuevo, pero también clásico atento a lo de fuera pero alerta con lo de casa, emplea alternativamente ambas técnicas, con sagacidad y medida, según marca el cuadrante. Y así en la montura de «Macbeth» las brujas aparecen como un bajo-relieve, aisladas, estatuarias, sibílicas, sin batón ni escoba, lejos del aquelarre sabbático de las ilustraciones sespirinas. Lejos de la escenografía alemana, donde las interpretan hombres. Lejos de la pincelada de Saint Victor que las llama «porteras del infierno»; «oes vieille barbues, aux levres de parchemin». En cambio, los dos príncipes, hijos de Duncan, que en la escenografía inglesa tienen un indumento modestísimo, de la antigua Escocia, ofrecen en la escena del Español dos suntuosas figuras principescas. En ese eclecticismo está el imperativo categórico de las circunstancias servidas por García Viñolas con inteligente prudencia, que unas veces agrupa las figuras con dinamismo de batalla y otras con corras de guerreros inmóviles.

Sabido es que los más eximios comentaristas consideran en «Macbeth» la tragedia de las tragedias, por encima del «ananké» griego y del «odinismo» escandinavo. Su dramaticidad, según Malone, no sólo es de pensamiento como «Hamlet», sino de acción, como «Ricardo III». Es «la barbarie subhumana», digna de Teutates o de Atila. El horror corre por los personajes como la sangre por las venas. La palabra produce tanto espanto como el puñal. Y en el «de profundis» escénico como en el oscuro dominio «Macbeth», varón, tiene sinuosidades y flaquezas de mujer. Tras el pánico ante la sombra de Banquo, se repona y grita: «Y am a again» (Vuelvo a ser hombre). Lady Macbet, mujer ante quienes Medea y Clytemnestra parecen mujercillas, es un virago formidable. Su crueldad moral es tan terrible como la de un tirano perse. Ante el esposo, feble como una hembra, se siente dura y fiera, como un varón. Y así increpa a los genios del mal: «¡Venid, venid, espíritus escoltas de los pensamientos de muerte. «Unsex me» (Desmujerladizadme).»

«Macbeth», como es sabido, está en verso. «La versión—dice González Ruiz—va en prosa, procurando, en lo que cabe en mí, la más rotunda y concisa expresión, dentro de la fidelidad absoluta al pensamiento del poeta.» El culto y fino traductor realiza el arduo y noble empeño con probidad fervorosa en una prosa fluida, rítmica, acbrde, sin más versos que los de las brujas. Escritor consciente y solvente, ni tan personal como el arreglador ni tan impersonal como el eco, limita el cometido a parvas supresiones en el monólogo del portero y a algunos cambios de lugar, agentes de enlace. Toda la versión tiene fidelidad de concepto y dignidad de estilo, en feliz y triple alianza: memoria, entendimiento y voluntad.

Ya que hablamos de traducciones de «Macbeth» cuya cronología comienza por la de «Macbé o los remordimientos» de Manuel García—que la tradujo del

francés en 1800, fecha de la representación, aun cuando la edición se imprimió en 1918, y acaba en 1920 con la magistral de Astrana Marin, sumando hasta las 22 entre ellas la cuidada y fiel de Francisco de Coasío, publicada en 1915—hemos de señalar el fenómeno de que siendo el original de Shakespeare en verso, todas las traducciones españolas están en prosa. Y no sólo las españolas, casi ninguna de poetas; sino la alemana, de Schiller, y la francesa, de Maeterlinck, poetas altísimos los dos.

La interpretación de obra tan compleja de pensamientos y sentimientos, que en el extranjero se representa siempre por actores especializados y habituados se ha puesto aquí por una compañía aleatoria, de actores habituados a un repertorio poco relacionado con Shakespeare. Ello indica las dimensiones del esfuerzo y lo considerable del trabajo, que logró un conjunto entonado, certero y noble. Vicente Soler dio una versión inteligente, tensa e intensa, pese a lo abruptador del papel, no sólo en intención, sino en extensión. Mercedes Prendes se mantuvo en una digna sobriedad, no exenta en ocasiones del aliento trágico. Bruguera dió prestancia, sin énfasis al rey. Félix Navarro, delicadeza y emoción figura y apocatura, al príncipe. Julia Delgado, Porfiria Sanchez y Amparo Reyes, entonaron las brujas con tono sibílico y aracular. Todo el numeroso reparto rindió disciplinada y entusiasta asistencia.

Las decoraciones, de Burmann, dignas del aparato de la tragedia, todas acordes al ambiente y algunas verdaderamente impresionantes. Muebles y armas juego de luces y juego escénico, con una técnica cuidada y expresiva. Cayetano Luca de Tena, realizador, merece plácemes por su acierto.

El público, propicio a la atención y a la emoción, siguió todo el proceso trágico en anhelante afán sintiendo y presintiendo la terrible grandeza del español, señor de la obra. Nutridas y entusiastas ovaciones testimoniaron su contentamiento, reclamando la presencia en escena de González Ruiz, Luca de Tena y Burmann, quienes saludaron con los intérpretes entre aclamaciones.—C. de C.

NUEVA COMPANIA CIRCENSE

William Parish ha reunido en Madrid estos días, una magnífica agrupación circense de artistas españoles que debutará en el teatro Calderón, de Valladolid, el próximo día 18, para continuar por Burgos, Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Pamplona, etc.

En este notable conjunto son figuras sobresalientes, los matrimonios Dola y Tromff, intrépidos domadores de fieras los primeros y ases del misterio los segundos. Del profesor Tromff y de su medium miss Edith, se ha hablado y escrito mucho.

El espectáculo se va a mejorar en la campaña en puerta con el debut de la hija de ambos, Conchita, excelente promesa dentro de la especialidad. Con tan excelentes artistas no es dudoso que Parish reverdezca los viejos prestigios circenses de su progenitor.